GILES

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA PASION DE VERANO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRÄS

N.º de la procedencia
S128

UNA PASION DE VERANO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UNA PASION DE VERANO,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ GILES Y RUBIO.

Estrenado en el Teatro de San Fernando de Sevilla, en la noche del 31 de Diciembre de 1870.

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Impresores de los Señores Duques de Montpensier, calle de Tetuan, núm. 24.

1871.

Á LA JUVENTUD LITERARIA

DE SEVILLA.

Permitid, amigos mios, yá que á vuestros consejos debo el éxito de mis composiciones, que os dedique este ensayo, fruto de algunas horas de insomnio: no fijeis vuestra atencion en los humildes conceptos del poeta y sí en la inmensa gratitud del amigo.

José Giles y Rubio.

720578

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA.	D.ª Carolina Santos.
D.ª PEPA.	D.ª Francisca Bigones.
MIGUEL.	D. Miguel Diaz.
ENRIQUE.	D. Francisco Gomez.
D. TOMÁS.	D. José Mesejo.

La accion pasa en un establecimiento de baños.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada.—Puertas al foro y laterales: éstas numeradas.—Al alzarse el telon aparece por el foro D. Tomás llevando del brazo á Amalia y á D.ª Pepa.

ESCENA PRIMERA.

DON TOMÁS, AMALIA y DOÑA PEPA.—Amalia deja, al entrar, el sombrero sobre una silla.

D. Tomás. Señora, vengo sudando.
El señor Febo se siente.
D.ª Pepa. ¡Como que desde la fuente
no hay sombra!
D. Tomás. Estoy jadeando.
D.ª Pepa. *(Á Amalia, que cae en un sillon.)*
¿Estás mala?
Amalia. No lo sé,
pero este calor me abrasa.
D.ª Pepa. ¡Ay, yo tiemblo!
D. Tomás. *(Á D.ª Pepa.)* Pronto pasa
eso, yá lo verá usté.
(Toma el abanico de Amalia y le hace aire.)
Un poco de viento, así,
con ese calor acaba.
(¡Y yo que necesitaba
que otro me soplára á mí!)
D.ª Pepa. Con tal mimo se crió,
que lo más leve la altera.

¿Vuelve? *(Á D. Tomás.)*

D. Tomás. Si.

Amalia. *(Volviendo en sí.)* Mamá, no era
nada: ¿ves? yá me pasó.

D. Tomás. Amalia, ¡cuánto deseo
llegue el suspirado día,
en que nos una, alma mía,
el dulce y casto himeneo!

Amalia. Don Tomás....

D. Tomás. Llámeme usté,
Amalia, su Tomasito;
es más dulce y más bonito.

Amalia. No me atrevo....

D. Tomás. ¿Nó? ¿Y por qué?

D.ª Pepa. El rubor....

D. Tomás. Yá los cumplidos
debemos á un lado echar.

Amalia. Pero....

D. Tomás. En mí vá usté á mirar
el mejor de los maridos.

Amalia. ¿Usted no será celoso?

D. Tomás. ¡Qué disparate, señora!
¡Nunca! Mas recuerdo ahora
ese jóven que hace el oso....
Desde que entró en el wagon
no nos deja ni un instante;
siempre lo tengo delante,
es mi sombra.

Amalia. ¡Qué aprension!

D.ª Pepa. ¿Recela usted de un bañista,
de un jóven inofensivo...?

D. Tomás. Yo no aseguro....

D.ª Pepa. Motivo
no debe tener....

D. Tomás. Mi vista
será un tanto exagerada,
mas el jóven no me gusta.

D.ª Pepa. Poco, don Tomás, le asusta.

D. Tomás. Yo no me asusto de nada.
Pero yá se acerca el día
de ser esposos, nó amantes,
y suelen esos silbantes
engrosar la *cofradía*.

Amalia. ¿Duda usted de mí ...?

D. Tomás. Nó, nó....

Amalia, perdon imploro.
AMALIA. ¡Ingrato!
D. TOMÁS. Si yo la adoro.
AMALIA. Yá me enfadé. *(Volviéndole la espalda.)*
D. TOMÁS. Pero yo....
D.ª PEPA. Don Tomás, ¿qué es lo que escucho?
Dudar....
D. TOMÁS. Fué cosa impensada.
D.ª PEPA. Está muy bien educada
y estima su honor en mucho.
¡Es hija de un coronel
que murió gloriosamente!
D. TOMÁS. Confieso estuve imprudente;
pero no sea tan crüel. *(Á Amalia.)*
Esa queja es infundada.
Hace un més me dirigí
á los baños de Vichy
á pasar la temporada;
la ví á usted y usted me vió,
escuché su voz afable,
tengo un alma impresionable,
y.... ¡es claro!... me cautivó.
Luego usted quiso mudar
de baños, aquí llegamos
y amor y fresco encontramos
en esta orilla del mar.
Hasta el capricho menor,
Amalia, que usté ha tenido,
¿no se halló al punto servido
por este siervo de amor?
Nunca esquivo me mostré
con ese rostro hechicero;
yá sabe usted que la quiero,
vamos, perdóneme usté.
AMALIA. Don Tomás, soy generosa,
y le perdono.
D. TOMÁS. Agradezco
lo que, en verdad, no merezco.
AMALIA. Yo nunca fuí rencorosa.
D.ª PEPA. ¡Qué blando es tu corazon!
Pero hija, mucho aquí estamos.
Á ver si nos arreglamos
un poco en la habitacion.
Don Tomás, hasta después.
D. TOMÁS. Hasta luego. *(Á D.ª Pepa.)*

(Aparece Enrique en el foro.)

AMALIA. En paz los dos
quedamos. *(Á D. Tomás.)*

D. TOMÁS. Sí, Amalia.

AMALIA. Adios.

D. TOMÁS. (¡Qué dulzura! ¡Un ángel es!)

(Vánse D.ª Pepa y Amalia por la primera puerta de la izquierda y D. Tomás por la primera de la derecha.)

ESCENA II.

ENRIQUE.

¡Voy á dar un estallido!
¡Siempre con él! *(Baja al proscenio.)*
¡Y es divina!
Su candidez me fascina
y hace que pierda el sentido.
¿Por qué la conocería?
¡Enrique, eres desgraciado!
¡Esa mujer te ha robado
del corazon tu alegría!
Ella viene.

ESCENA III.

DICHO, AMALIA.

AMALIA. *(Sin reparar en Enrique, toma el sombrero que se dejó en la silla.)*
Me dejé
olvidado aquí el sombrero....

ENRIQUE. *(Saludando.)* Señorita....

AMALIA. *(Id.)* Caballero....
(Retirándose hácia su habitacion.)

ENRIQUE. *(Deteniéndola.)*
Un momento: óigame usté.
Debí á la casualidad,
para mí bien lisonjera,
mirar por la vez primera
su irresistible beldad.

AMALIA. Gracias. No puedo pagarle
lo que su atencion reclama....
(Por si don Tomás se escama

bueno es no desesperarle.)

ENRIQUE. ¡Mi atencion...! Usted ignora
lo que es un amor profundo....

AMALIA. Es mucho decir....

ENRIQUE. Me fundo
en verla impasible ahora.

AMALIA. ¿Impasible...? No comprendo....
(Es su amor de tercer grado.)

ENRIQUE. Un corazon destrozado
vive, por usted, sufriendo.
Miré su faz seductora,
y de esa ardiente mirada
me dejó el alma abrasada
la llama devoradora.
En vano borrar deseo
esa imágen celestial
de mi pecho, y, por mi mal,
hasta soñando la veo.

AMALIA. *(Sonriéndose.)* ¡Jesús, qué pasion tan rara!
Puede que, si le quisiera,
mi amor se desvaneciera
porque ese amor le asustára.

ENRIQUE. Óigame usted....

AMALIA. Le suplico....

ENRIQUE. Si mi pecho, Amalia, alcanza
de su lábio una esperanza,
ni una palabra replico.

AMALIA. Advierta....

ENRIQUE. ¿Vá usté á matarme?

AMALIA. No tal, hallo simpatía....

ENRIQUE. Me vuelve usted la alegría.

AMALIA. Pero voy pronto á casarme.

ENRIQUE. ¡Casarse! No puede ser.
Deshaga usté el casamiento.

AMALIA. Me lo imponen.

ENRIQUE. ¡Qué tormento!
¿Quién se lo impone?

AMALIA. El deber.
Se empeña en ello mamá
y, aunque mi pecho se aflija,
debe obedecer la hija
y he dado palabra yá.
Olvídeme....

ENRIQUE. Es imposible.

AMALIA. (Don Tomás puede salir

y si llega á descubrir....
Se vá á poner insufrible.)
Me retiro....

ENRIQUE. Desdichada
es mi pasion.

AMALIA. Caballero,
beso á usted la mano.

ENRIQUE. Pero....
Quedamos al fin....

AMALIA. En nada.
(Váse por la izquierda.—Enrique se queda un momento contemplándola.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

¿Y no es un contrasentido
que ese hipopótamo atroz,
de aspecto horrible y feroz,
sea de esa jóven marido?
Ella sin duda me ama....
y él.... ¡Satanás lo confunda!
se vá á llevar una tunda
que vá á estar un més en cama.

ESCENA V.

DICHO, MIGUEL.

MIGUEL. *(Dentro.)* Que pongan ese equipaje
en el cuarto de la entrada.

ENRIQUE. ¡Esa voz! *(Miguel entra en trage de camino.)*
¡Miguel!

MIGUEL. ¡Enrique! *(Se abrazan.)*

ENRIQUE. ¿Tú por aquí?

MIGUEL. ¿Qué te extraña?
¿No lo estás tú?

ENRIQUE. Sí, es verdad;
mas como no te esperaba
he llevado una sorpresa.
Y dime, ¿cuál es la causa
de abandonar á Madrid?

MIGUEL. He venido á tomar aguas;
me encuentro un tanto achacoso,

penas de culpas pasadas;
vá concluyendo el verano,
ahora poco se trabaja
en la oficina, y me dije:
la ocasion la pintan calva.
Dicen que un cojo en dos baños
aquí las muletas larga;
con que figúrate, yo,
que tengo mis piernas sanas,
saldré hecho otro Blondin
dispuesto á pasar el Niágara.
Pero y tú ¿dónde te metes?

ENRIQUE. ¿Yo?

MIGUEL. Sí, dás unas palabras....
La última vez que te ví
me digiste: hasta mañana,
y ván tres meses cumplidos
sin que para tí el sol salga.

ENRIQUE. Dispensa, caro Miguel,
pero fué precipitada
mi salida....

MIGUEL. Dispensado.
Conmigo no caes en falta.
Mas ¿cómo te encuentro aquí
en estos baños? ¿La causa
es una dolencia?

ENRIQUE. Nó,
todo mi cuerpo está en caja.
Pero sabes que acostumbro,
durante la temporada
de verano, á distraerme,
y el tiempo en viajar se pasa
muy divertido.

MIGUEL. ¡Hola, hola!
No hay como ser rico. ¡Nada!
Mediante algunos doblones,
cuando la corte se abrasa,
se puede gozar sintiendo
la frescura de una playa;
ver mujeres celestiales,
y librarse de la plaga
de chinches y de mosquitos,
que á Madrid entero sangran.

ENRIQUE. ¡Yo rico! Estás delirando.

MIGUEL. Es verdad, se me olvidaba

que el sastre que te vestía
declaró inmortal tu trampa.

ENRIQUE. ¡Blasfemo! sella ese labio.
Puede oir.... *(Con recelo.)*

MIGUEL. ¿Quién?

ENRIQUE. Mi adorada.

MIGUEL. ¿Qué es eso, estás de conquista?

ENRIQUE. Sí, por mi mal. *(Con gravedad.)*

MIGUEL. ¿Qué te pasa?

ENRIQUE. Compañera de viaje,
cuando aquí me encaminaba,
me enamoró locamente
una mujer.... olvidarla
quise después.... ¡imposible!
Aquella sonrisa cándida
que afable me dirigia,
siempre que me saludaba,
hizo acrecentar mi amor.

MIGUEL. ¡Chico, chico, que me espantas!
Advierte que en Leganés
no se hace la vida grata.

ENRIQUE. Es tan pura, tan hermosa,
tiene una voz.... ¡qué bien canta!
y un aire tan elegante,
y un no sé qué.... y una gracia
que cautiva: en fin, parece
una hurí.

MIGUEL. ¡Lo dicho, basta!
El desenlace, funesto:
te encierran en una jaula.

ENRIQUE. Tú no has amado, Miguel.

MIGUEL. ¿Que yo no he amado? ¡Cáscaras!
Pués si por poco me caso
con doña Cleta, una dama
de cincuenta abriles hechos,
tuerta, coja y jorobada,
pequeñas imperfecciones,
mas llegó á oler la tunanta
mi aficion á sus cuartejos....

ENRIQUE. Miguel, no estoy para chanzas.
Amo como nunca amé.

MIGUEL. Pués, si es tu pasion tan bárbara,
hallo un remedio.

ENRIQUE. ¿Cuál?

MIGUEL. Cásate.

ENRIQUE. Es imposible.
MIGUEL. ¡Caramba!
¿Acaso es fruto vedado
esa mujer?
ENRIQUE. No es casada.
MIGUEL. ¿Te corresponde?
ENRIQUE. Yo creo
que sí.... Segun sus palabras....
MIGUEL. Pués entónces no adivino....
ENRIQUE. Es que esa jóven se casa
con un señor don Tomás,
á quien, de fijo, no ama,
porque en ese matrimonio
está su mamá empeñada.
MIGUEL. ¡Hola, un rival! ¿Y qué has hecho
que yá no le has roto el alma?
ENRIQUE. Dices bien. Voy á buscarlo
y yá verás cómo....
(Se dirige á la habitacion de D. Tomás.)
MIGUEL. *(Deteniéndole.)* Aguarda.
No seas tan vehemente. Voy
yo á hablarle.
ENRIQUE. ¡Tú!
MIGUEL. ¿Qué te extraña?
ENRIQUE. Pero.... ¿le conoces?
MIGUEL. Nó.
Mas te aseguro que nada
he de poder, ó ese hombre
con la jóven no se casa.
¿Cuál es su cuarto?
ENRIQUE. Ese.
(Indicando el primero de la derecha.)
MIGUEL. Véte,
y espérame en la otra sala.
ENRIQUE. Te conozco y no consiento....
Vás á hacer una sonada.
MIGUEL. Te aseguro....
ENRIQUE. No me fio.
MIGUEL. Vamos, hombre.
ENRIQUE. Pero....
MIGUEL. *(Empujándolo hácia el foro.)* Anda.
(Váse Enrique.)

ESCENA VI.

MIGUEL: después DON TOMÁS.

MIGUEL. Héteme yá convertido,
desde este mismo momento,
en desfacedor de agravios
y enderezador de entuertos,
que debo hacer por Enrique
lo que por mí hubiera hecho.
(Llamando á la puerta de la derecha.)
Señor don Tomás....
D. TOMÁS. *(Dentro.)* ¿Quién llama?
MIGUEL. Quisiera un instante verlo.
(Veamos qué tal se presenta
este mozo.)
D. TOMÁS. *(Haciendo, al salir, una reverencia.)* Caballero....
MIGUEL. *(Saludando.)* Servidor de usted.
D. TOMÁS. Yá escucho,
si quiere hablarme.
MIGUEL. En efecto,
pero si á usted le parece
podemos tomar asiento. *(Se sientan.)*
D. TOMÁS. (¿Qué me querrá este indivíduo?)
MIGUEL. (¿Cómo le entraré?—Probemos.)
(Saca la petaca y le brinda con un cigarro.)
Vaya un cigarro.
D. TOMÁS. No fumo.
MIGUEL. *(En tono descompuesto.)*
Hace usted mal.
D. TOMÁS. *(Sorprendido.)* No comprendo....
MIGUEL. *(Alzando más la voz.)*
Que hace usted muy mal.
D. TOMÁS. Sí oí;
pero extraño....
MIGUEL. Muy mal hecho.
D. TOMÁS. (Parece fino este jóven.)
MIGUEL. (Le voy á romper un hueso.)
(Después de algunos momentos de páusa, en que se han estado mirando, D. Tomás rompe el silencio.)
D. TOMÁS. Y decia usted....
MIGUEL. ¿Yo? Nada.
Estaba callado. *(Le vuelve la espalda.)*
D. TOMÁS. Bueno.

MIGUEL. *(Volviéndose repentinamente.)*
Y.... ¡se llama usted Tomás!
D. TOMÁS. Sí señor, Tomás.
MIGUEL. Lo siento.
Por tener el mismo nombre,
hace dos meses y medio
que á uno, parecido á usted,
á poco más lo reviento.
D. TOMÁS. ¡Qué chistosa coincidencia!
MIGUEL. Es un nombre que aborrezco.
D. TOMÁS. Gracias. (Si será un ladron...?)
MIGUEL. ¿Es usté andaluz?
D. TOMÁS. Manchego.
MIGUEL. Y ¿es muy grande su fortuna?
D. TOMÁS. Es así, tal cual.
MIGUEL. Me alegro.
D. TOMÁS. (Me vá cargando este nene.)
MIGUEL. ¿Y es algun padecimiento
el que le trae á los baños?
¿Gota quizás, ó los nervios...?
D. TOMÁS. Pero, hombre, ¿á usted qué le importa?
MIGUEL. Me importa mucho.
D. TOMÁS. ¡Acabemos! *(Se levantan.)*
(Tanto preguntar.... yá caigo,
ántes debí conocerlo:
este es de la policía
y busca algun pastelero.)
(Dándole una palmada en el hombro.)
Amigo, se ha equivocado;
yo no me ejercito en eso.
Soy una persona honrada.
MIGUEL. Pero ¿qué está usted diciendo?
D. TOMÁS. ¿Usted no es un polizonte?
MIGUEL. Don Tomás, no pierda el seso.
D. TOMÁS. Lo que pierdo es la paciencia.
¿Qué quiere de mí?
MIGUEL. Le ruego
tenga un poco de más calma,
á ver si nos entendemos.
D. TOMÁS. Despache usted.
MIGUEL. Pués señor....
no sé con qué fundamento
me han dicho que preparaba
su próximo enlace.
D. TOMÁS. Es cierto.

MIGUEL. ¿Y por qué se casa usted?
D. TOMÁS. ¡Toma...! porque soy soltero,
y lo que todos los hombres
tienen.... yo tambien lo tengo:
un corazon, y más blando
que los de muchos de ellos.
MIGUEL. Y la novia será jóven,
guapa tal vez....
D. TOMÁS. Puede serlo.
MIGUEL. Pués tiene pésimo gusto.
Es usté el hombre más feo
que yo me he echado á la cara.
D. TOMÁS. (¡No sé cómo me contengo!)
MIGUEL. Encuentro á usted muy panzon;
mas no se aflija por eso,
dicen que el hombre y el oso....
yá recuerda usté el proverbio:
pero, no obstante, ella es jóven,
usted, don Tomás, es viejo,
y en las bodas desiguales
suelen nacer....
D. TOMÁS. *(Con mucha energía.)* ¡Truenos.... truenos
y rayos! ¿Quiere decirme
quién le ha pedido consejos,
y quién hasta aquí le trajo
para darme este tormento?
Vamos, tome usted la puerta;
haga el favor, se lo ruego.
MIGUEL. *(Con calma.)* Si yo tan sólo he venido
á impedir el casamiento.
D. TOMÁS. ¿Usted? (¡Pués yá es cosa grande
la que me está sucediendo!)
MIGUEL. Nada, no se case usted;
yo por su bien me intereso
y tan atroz disparate
nunca consentirlo debo.
D. TOMÁS. (¿Hay hombre más descarado?
Pués señor.... ¡estamos frescos!)
MIGUEL. Yá sabe usted, don Tomás,
de mi visita el objeto.
Le prohibo que se case.
D. TOMÁS. Ignoro con qué derecho.
¿Y mi autonomía? ¿Por qué
se la coarta? ¿Qué es esto?
MIGUEL. Porque á mí me dá la gana

y há de hacerse.

D. Tomás. *(Con mucha seriedad.)* ¡Caballero!
Me falta usté.

Miguel. Há mucho rato
que debió yá conocerlo.

D. Tomás. (Conténte, Tomás, conténte,
porque si nó....) Le prevengo
que no vuelva á molestarme.
Y sepa, jóven grosero,
que me caso, pese á usted,
pese á todo el universo.

Miguel. (Así no adelanto nada:
vamos á ver si otro medio....)
¿No ha notado todavía
por qué es tan grande mi empeño
en impedir ese enlace?

D. Tomás. Nó, ni averiguarlo quiero.

Miguel. *(Lo coje bruscamente por el brazo y lo lleva al otro extremo de la escena.)*
Ven acá, sombra liviana,
que ante mi vista te encuentro.

D. Tomás. (¡Qué idea...! ¿si estará loco?)

Miguel. *(Con acento trágico.)*
Oye mi horrible secreto.
Yo idolatro á esa mujer.

D. Tomás. (Se vá complicando esto.)

Miguel. Ví su rostro encantador
entre mis azules sueños,
y aquella pura mirada
hirió mi sensible pecho.
La amé, y desde aquel instante
presté firme juramento
de no consentir que fuera
más que mía.

D. Tomás. (¡Me estremezco!)

Miguel. Cuantos amantes quisiéronla
miré por mi mano muertos.

D. Tomás. (Me confirmo; está demente
y le ha empezado el acceso.
Amalia no tuvo amantes
segun me ha dicho.)

Miguel. *(En actitud amenazadora.)* Murieron,
como tú vás á morir.

D. Tomás. ¡Señor mio!

Miguel. ¡Nada!

D. Tomás. Pero....
Miguel. ¡Tiene un amante! ¡un amante
con el que se casa! *(Acometiéndole.)*
D. Tomás. *(Temblando y huyendo.)* (¡Cielos!)
Miguel. ¡Con que me roba la dicha!
D. Tomás. Yo ignoraba....
Miguel. Se ha interpuesto
en mi camino y ahora
lo ha de pagar....
D. Tomás. ¡Caballero!
(¡Si pensará asesinarme!)
¡Socorro! ¡favor! *(Gritando.)*
Miguel. Silencio.
D. Tomás. (¡Qué energúmeno!)
Miguel. Se acerca
de su vida el breve término.
D. Tomás. (¡Me vá á estrangular!) ¡Socorro!
¡Socorro!
(Dán algunas vueltas por la escena hasta que aparece Enrique.)
Miguel. *(Deteniéndose.)* (Ha surtido efecto.)

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE.

D. Tomás. (¡Ay, yá siento pasos!
Respiro.)
Enrique. *(Entrando por el foro.)* ¿Llamaban?
¿Qué tal? *(Á Miguel.)*
Miguel. Está duro. *(Á Enrique.)*
D. Tomás. (El jóven de marras.)
(Llamando aparte á Enrique.)
Permita, buen jóven,
oir dos palabras.
Á ese caballero
el juicio le falta;
á ver si logramos
conseguir que salga.
Quiere asesinarme.
Enrique. Bien hecho.
D. Tomás. ¡Caramba!
Enrique. ¡Sepa que estoy loco!
D. Tomás. ¡Loco! ¡Dios me valga!
¿Se ha fugado el juicio
en toda la casa?

ENRIQUE. Yo adoro á la jóven
á quien usted ama.
D. TOMÁS. (¡Yá me lo temia!)
ENRIQUE. Y si usted se casa
con ella, la boda
le vá á costar cara.
D. TOMÁS. (¿Por qué me ha caido,
señor, esta plaga?)
MIGUEL. Á ver si se aburre, *(A Enrique.)*
la deja y se marcha.
Soltero ó la muerte. *(A D. Tomás.)*
D. TOMÁS. (Pués buena me aguarda.)
(D. Tomás deberá estar colocado en el centro y volverse á uno y otro lado para escuchar al que le dirige la palabra.)
ENRIQUE. Si llega á casarse
con jóven tan guapa,
le rompo el bautismo.
MIGUEL. Si no desbarata
sus planes de boda,
muere entre mis garras.
D. TOMÁS. ¡Por favor, señores! *(Gritando.)*
MIGUEL. No grite.
D. TOMÁS. (¡Yá escampa!)
ENRIQUE. Y advierta que cumplo,
cual doy, mis palabras.
MIGUEL. Y yo lo que digo
siempre pongo en práctica.
D. TOMÁS. ¡Que yá más no puedo!
MIGUEL. ¡Tiemble ante mi rabia!
ENRIQUE. ¡Mi cólera tema!
D. TOMÁS. ¡Favor, que me matan!
MIGUEL. ¡Lo dicho no olvide!
ENRIQUE. ¡Ay de él si se casa!
MIGUEL. ¡La muerte!
ENRIQUE. ¡La muerte!
(Miguel y Enrique se dirigen al foro.)
D. TOMÁS. ¡No acude ni un alma!
(Vuelven y le zamarrean, cogiéndole por el cuello.)
MIGUEL. ¡Lo ahogo!
ENRIQUE. ¡Lo ahogo!
D. TOMÁS. ¡Las fuerzas me faltan!
(Cae en un sillon. Enrique y Miguel desaparecen rápidamente por el foro.)

ESCENA VIII.

DON TOMÁS, AMALIA y DOÑA PEPA.

D.ª PEPA. *(Saliendo de su habitacion.)*
¿Qué sucede, don Tomás?
AMALIA. *(Id.)* ¿Por qué esas voces ahora?
D. TOMÁS. ¡Yo en este pueblo, señora,
no estoy un momento más!
D.ª PEPA. ¡Ay Jesus! pero.... ¿qué pasa?
D. TOMÁS. ¡Una friolera, muy poco!
Que me ván á volver loco
los que hay en esta casa.
¡Que es Amalia más querida
que Penélope!
D.ª PEPA. No entiendo....
D. TOMÁS. Y que estoy, señora, viendo
en gran peligro mi vida.
AMALIA. (Está sin duda celoso.)
D.ª PEPA. Pero, hombre, explíquese usté.
D. TOMÁS. Más tarde me explicaré,
porque ahora estoy furioso.
Lo que tenga que arreglar
arregle usted, que nos vamos,
y poco tiempo perdamos.
D.ª PEPA. Todo voy á preparar....
D. TOMÁS. Yo, doña Pepa, tambien.
AMALIA. Pronto habrémos concluido.
D. TOMÁS. Amalia, no eche en olvido
que á las cuatro sale el tren.
(Váse por el foro.)

ESCENA IX.

DICHAS, ménos DON TOMÁS.

D.ª PEPA. Pero ¿qué le habrá pasado?
AMALIA. Quizás alguna entrevista
con ese jóven bañista
que de mí se ha enamorado,
sea la causa....
D.ª PEPA. Pués marchar
debemos pronto de aquí,
porque sus celos....
AMALIA. Sí, sí.

Nos irémos sin tardar.
(Váse D.ª Pepa á su habitacion y Amalia vá á seguirla cuando entra Miguel por el foro.)

ESCENA X.

AMALIA, MIGUEL.

MIGUEL. Pués, señor, segundo ataque.
(Viendo que no está D. Tomás.)
Pero.... ¡calla!.... se ha marchado.
(Reparando en Amalia.)
¡Qué miro! ¡Amalia!
AMALIA. ¡Miguel!
MIGUEL. Es la misma, no me engaño. *(La abraza.)*
(Examinándola).
¡Y qué guapa y qué lujosa!
AMALIA. Como siempre.
MIGUEL. Te he buscado
por medio mundo.
AMALIA. ¿De véras?
MIGUEL. ¿Te atreverás á dudarlo?
AMALIA. Casi, casi; mé ofreciste
una cena....
MIGUEL. No sé cuando....
AMALIA. La última vez que te ví
en aquel baile....
MIGUEL. ¡Yá caigo!
AMALIA. Y sin duda la olvidaste,
porque aún la estoy esperando.
MIGUEL. No me olvidé; mas negocios
urgentes.... (No tenía un cuarto.)
AMALIA. ¿Te acuerdas, Miguel, te acuerdas
de aquellos alegres ratos....?
MIGUEL. ¡No me he de acordar! Y, Amalia,
¿sabes que me estás gustando,
y renovar nuestro amor
no me daria gran cuidado?
AMALIA. Pués por ahora están verdes.
MIGUEL. Lo siento.
AMALIA. ¡Fuiste un ingrato!
MIGUEL. (Tiene razon: me eclipsé.)
Y dime, ¿por qué te hallo
en este sitio?
AMALIA. ¡Te extraña!

Porque estoy veraneando.
Tan sólo se encuentra fresco
aquí.

MIGUEL. (¿Dónde habrá escarbado?)

AMALIA. Te dejo, porque mamá
hace tiempo está aguardando.
(Siento que éste haya venido;
pero esta tarde nos vamos
y....)

MIGUEL. Espera.

AMALIA. Tengo que hacer.

MIGUEL. Pués adios. Vaya otro abrazo. *(La abraza.)*
¿Nos veremos?

AMALIA. Sí, más tarde.
Adios. *(Váse por la izquierda.)*

(Al final de esta escena ha entrado D. Tomás por el foro y se ha quedado atónito, sin ser visto, observando los más leves detalles.)

ESCENA XI.

MIGUEL, DON TOMÁS.

D. TOMÁS. ¡Bien! (Estoy que bramo.
¡En mis barbas! ¡Qué insolencia!
No se ve mayor descaro.)
Oiga usted, caballerito:
¿quién el permiso le ha dado
para abrazar á esa jóven?

MIGUEL. ¡Hombre, la pregunta extraño!
Ese permiso lo tiene
todo el que cuenta con brazos.

D. TOMÁS. Y yo cuento con los mios
y ahora voy á estrangularlo.

MIGUEL. ¿Pero qué tiene que ver
con esa jóven? ¿Acaso
es su tutor?

D. TOMÁS. ¡Su tutor!
(¡Esto más...! Se está burlando.)

MIGUEL. *(Con sencillez.)*
¿Se vá usté á casar con ella?

D. TOMÁS. ¿Quién sabe?

MIGUEL. (¡Qué escucho! ¡Bravo!
Deja á la que Enrique adora,
temiéndonos. ¡Se ha triunfado!)
(Márquese mucho este aparte.)

(Con afabilidad.)
Cásese usted, don Tomás,
otorgue á Amalia su mano
y en mí tendrá usté un amigo.

D. Tomás. (Maldito si entiendo algo.)

Miguel. Decídase, y más no piense,
porque el verdadero estado
del hombre, jamás ha sido,
don Tomás, el celibato.
Amalia es jóven muy linda,
canta bien, toca el piano....

D. Tomás. (Ó me falta algun sentido
ó, sin duda, estoy soñando.)

ESCENA XII.

DICHOS, ENRIQUE.

Enrique. *(Entrando precipitadamente por el foro y dirigiéndose á D. Tomás.)*
¡Infame!

Miguel. ¿Qué pasa, Enrique?

Enrique. *(Cogiendo á D. Tomás por el cuello de la levita.)*
Don Tomás, vamos á cuentas.
Me han dicho que usté esta tarde
se marcha en el tren con ellas.

D. Tomás. (¡Señor! ¿en qué habré pecado?)

Enrique. Y si es la noticia cierta,
y usted se obstina en casarse,
de su mano Dios me tenga.

D. Tomás. (¡Ay! esto yá es insufrible.
No puedo más.)

Miguel. *(Ap. á Enrique.)* Nada temas.
Nos hemos salvado.

Enrique. *(Id. á Miguel.)* ¡Cómo!

Miguel. *(Id. á Enrique.)*
Ha renunciado á su empresa,
y se vá á casar con otra
bañista, que aquí se encuentra.

Enrique. ¡Ah! don Tomás, disimule;
he obrado con ligereza
y mil perdones le pido.
¡Cómo imaginar pudiera
que usted, señor don Tomás,
tuviese un alma tan buena!

Gracias, me dá usted la vida.
Desde este momento vea
en mí su mejor amigo.

D. TOMÁS. (¡Hombre, qué finura es esta!)

ENRIQUE. Yo su pensamiento alabo,
pués quedando libre ella....
usted se casa.... ¡bien hecho!
El hombre sin compañera
no es feliz, cásese usted.

MIGUEL. No hablemos más, cosa hecha.

D. TOMÁS. ¿Quieren ustedes decirme,
señores, qué burla es esta?
Cásese usted, no se case,
le voy á dar una felpa
si se casa; si se casa
le juro amistad eterna....
¡Señores! ¡por San Andrés!
Que estoy aburrido sepan
y que yá se ha terminado
por completo mi paciencia....

ENRIQUE. Yo le ruego....

MIGUEL. Le suplico....

D. TOMÁS. Callen, que no admito réplicas.
¿Creen que más voy á sufrir
tamañas impertinencias?
¿Digan si es justo que á un hombre,
pacífico á toda prueba,
incapaz de molestar
á nadie, así se le ofenda
y le dén un sofocon
que se lo lleve patetas?

MIGUEL. Vamos, vamos, tranquilícese,
que no hay razon....

D. TOMÁS. ¡Está buena!
¿He de tolerar que usted, *(Á Miguel.)*
como hace poco, aquí venga
con sus manitas lavadas,
y hasta en mi misma presencia
abrace á Amalia?

ENRIQUE. ¡Qué escucho!
¿Tú, Miguel?

MIGUEL. No te sorprendas.

ENRIQUE. ¿Quién en la amistad confía?
¡Hé aquí la terrible prueba!
¿Y tú te llamas mi amigo?

MIGUEL. ¡Enrique!
D. TOMÁS. (Mudó la escena.
Si estos hombres no están locos
que venga Dios y lo vea.)
(D. Tomás se retira á la derecha del proscenio, pero sin dejar de oir cuanto hablen: gesticule y accione á discrecion del actor.)
ENRIQUE. ¡Hola! ¡conque me engañabas! *(Á Miguel.)*
¡Necio de mí! ¿Al que te entrega
su amistad y su secreto
le pagas de esá manera?
MIGUEL. Pero, hombre, ¿estás delirando?
¿Qué dices?
ENRIQUE. ¡Me has de dar cuenta!
D. TOMÁS. (A ver si los dos se rompen
la crisma y libre me dejan.)
ENRIQUE. Te desafío: si no admites
serás un cobarde.
MIGUEL. Observa....
ENRIQUE. Vamos, vamos al instante.
Nadie en el jardin se encuentra.
Don Tomás puede servirnos
de testigo. Vamos fuera. *(Indicando la salida.)*
D. TOMÁS. (¡Yo contemplar una muerte!
¡Qué horror! Si evitar pudiera....
¿Y qué hacer para impedirlo?)
ENRIQUE. ¿Me tienes miedo? ¿qué esperas?
MIGUEL. Enrique, me haces reir.
ENRIQUE. ¡Miguel!
MIGUEL. Saber me interesa
por qué el duelo me propones.
ENRIQUE. ¡Por qué, dices! ¿Te chanceas?
¿No sabes que Amalia es
lo que más quiero en la tierra?
MIGUEL. ¡Ah! yá caigo: conque Amalia....
Reniego de mi torpeza;
ántes debí conocerlo.
(Dirigiéndose hácia Enrique.)
Dáme un abrazo y no temas.
ENRIQUE. Apártate. *(Alejándolo.)*
D. TOMÁS. (Este hombre todo
con un abrazo lo arregla.)
MIGUEL. Te has salvado, amigo Enrique.
Dios me trajo á tu presencia,
sin duda, para librarte

de esa pasion tan funesta.
ENRIQUE. No comprendo....
MIGUEL. Pués escucha.
D. TOMÁS. (Oigamos, que me interesa.)
MIGUEL. Esa mujer, no es mujer....
D. TOMÁS. (¡Demonio! la cosa es séria.)
MIGUEL. Como tú te la figuras,
tan hermosa y tan perfecta.
Baste decir que ha tenido
los amantes por docenas,
entre los cuales se halló
tu amigo, hasta conocerla;
sabe fingir cual ninguna;
sabe.... bailar habaneras....
y para buscar un primo
á Capellanes frecuenta.
ENRIQUE. ¡Ah! *(Cae en una silla.)*
D. TOMÁS. (Yá lo comprendo todo.
¡Que baila las habaneras!
Y yo que no sospechaba....
Sí, sus palabras son ciertas.
Los ví abrazarse, no hay duda.)
MIGUEL. Es una jóven de esas
á quienes les dán vahidos
con mucha, mucha frecuencia,
porque su amante les traiga
un pastel ó una chuleta.
D. TOMÁS. (¿Es posible...? ¿Quién diria...?
¡Tan cándida, tan modesta!)
MIGUEL. Y, en fin, hasta en el teatro,
no te extrañe, de Valencia,
la ví bailar el can-can
con un traje á media pierna.
D. TOMÁS. (¡El can-can...! ¡Yo me horrorizo!)
MIGUEL. La mamá es una sargenta
que come, si la convidas,
más que come la gangrena.
Yá las tienes retratadas;
sólo añadirte me resta
que durante los veranos,
con mentidas apariencias,
se exhiben por estos sitios
á ver si un prójimo pescan.
D. TOMÁS. (Pués de buena me he librado.)
MIGUEL. ¡Chico, chico! ¿no te alegras?

ENRIQUE. ¡Ay! confieso ingénuamente,
Miguel, que he estado muy cerca
del abismo, y en él caigo
si tú á salvarme no llegas.
D. TOMÁS. *(Colocándose entre los dos.)*
Señores, ¡cuánto agradezco...!
ENRIQUE. Dispense las insolencias
de entrambos....
D. TOMÁS. ¡Qué disparate!
Amigos, las manos vengan.
Han sido mis salvadores.
MIGUEL. ¿Nosotros?
D. TOMÁS. Bendita sea
la hora en que aquí vinieron
á hartarme de desvergüenzas.
ENRIQUE. ¿Pero usted...?
D. TOMÁS. Yo.... no me caso.
Si usted la quiere, soltera
se la dejo.
ENRIQUE. Muchas gracias.
MIGUEL. Silencio, que aquí se acercan.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, AMALIA y D.ª PEPA, que salen de su habitacion, en trage de camino.

D.ª PEPA. Don Tomás, ya estamos listas.
(Sorprendida.)
(¡Miguel aquí!)
AMALIA. (Malo.... malo....)
D. TOMÁS. Señoras, pueden marcharse,
que yo el can-can.... no lo bailo.
(Haciendo una pirueta.)
AMALIA. *(Á D.ª Pepa y en voz baja.)*
¡Ay! somos perdidas.
D.ª PEPA. *(Id. á Amalia.)* Sí,
yá lo veo, voló el pájaro.
AMALIA. Pero usted... *(Dirigiéndose á Enrique.)*
ENRIQUE. Yo.... señorita....
tengo este pié un poco malo
y las habaneras quieren
mucha agilidad.
AMALIA. *(A D.ª Pepa.)* Estamos
aquí de sobra.

D.ª PEPA. Marchemos,
hija, á ver si en otros baños....
MIGUEL. Aquí.... las han conocido.
D.ª PEPA. *(A Miguel, en actitud amenazadora.)*
No pagaba usted ni ahorcado.
(Váse por el foro con Amalia.)
D. TOMÁS. *(Siguiéndolas hasta la puerta.)*
Señoras, feliz viaje,
y que escriban en llegando.
MIGUEL. *(Id.)* Adios, Amalia, y no olvides
que en Capellanes te aguardo.
(Bajan al proscenio.)
Abra el ojo, don Tomás,
si quiere tomar estado.
Tú, chico, no te apasiones, *(A Enrique.)*
que puede costarte caro.
Y si de los que me escuchan *(Al público.)*
hay quien, diversion buscando,
deja en la estacion ardiente
su casa para ir á baños,
pídale á Dios que lo libre
de *Una pasion de verano.*

Telon.

El autor no puede ménos de consignar aquí su reconocimiento á los actores que tomaron parte en el desempeño de esta obra, porque, con su acertada y feliz interpretacion, contribuyeron notablemente al lisonjero éxito que alcanzó en la noche de su estreno.